

SOL DE OTRO MUNDO

ESCENA FINAL I

Jaime Santamaría de la Torre

COPYRIGHT © JAIME SANTAMARÍA DE LA TORRE, 2000, 2005

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del propietario de los derechos de autor.

**SOLICITA TUS EJEMPLARES CON UN 5% DE DTO. Y GTOS.
DE ENVÍO INCLUIDOS EN: info@escenafinal.com**

Capítulo 1 de la novela Sol de otro mundo, Escena Final I para el Rincón del Autor de www.sedice.com. 1

Reservados todos los derechos.

(R) Jaime Santamaría de la Torre, 2000, 2005

PRIMERA PARTE

Capítulo 1 de la novela Sol de otro mundo, Escena Final I para el Rincón del Autor de www.sedice.com.

Reservados todos los derechos.

(R) Jaime Santamaría de la Torre, 2000, 2005

CAPÍTULO 1

-Bobby, despierta. Date prisa o se nos hará tarde. ¡Ah!, no olvides coger un jersey, hace frío. Te esperaré afuera con los caballos.

El muchacho se hacía el remolón mientras su tío lo despertaba. En esto, se acordó de lo que él y tío Michael habían planeado el día anterior. Lleno de súbita excitación le preguntó mientras se frotaba los ojos que le picaban por el sueño: -¿Ha amanecido ya?

-No, todavía no, pero habremos de correr si no quieres que nos lo perdamos. Lávate y vístete lo antes posible.

Michael le había prometido a su sobrino que esa mañana lo llevaría a ver amanecer. Aún era de noche cuando Bobby salió corriendo de la granja emocionado. Mientras montaba en su poney, ayudado por su tío Michael, Chuck empezó a ladrarles.

-Cállate, Chuck -dijo Bobby-. Vas a despertar a todo el mundo. Enseguida volvemos.

Así pues, iniciaron el galope y enfilaron el camino. Comenzaba a clarear en el horizonte y aunque se adivinaba que aquel iba a ser un soleado día de primavera, la mañana estaba muy fresca. Sin embargo, tanto ellos como los caballos pronto se entonaron con la galopada mientras atravesaban los campos, húmedos todavía por el rocío caído durante la noche.

Por fin, notaron como una ligera brisa les daba en la cara. Tenía ese inconfundible aroma salado que indicaba que el mar estaba muy cerca. Desmontaron y dejaron que los caballos pastaran libremente. Hasta el alto a donde habían llegado abundaba la hierba verde que empezaron a mordisquear en cuanto los soltaron. Bobby y Michael caminaron unos pasos hasta donde ya se podía percibir con mayor notoriedad el ruido de las olas que rompían en la orilla. Se detuvieron justo al borde del acantilado. Desde allí arriba podían divisar el resto de colinas que acababan y caían en aquellas escarpadas paredes de piedra. Abajo se podía divisar la pequeña playa hasta la cual habían bajado en días anteriores para darse un baño y pasear. Sin embargo, ahora ellos se quedaron arriba, disfrutando de ese fantástico emplazamiento, donde acababa la tierra y surgía la inmensidad del mar. En ese momento Michael se dirigió hacia Bobby y le dijo:

-Mi padre me traía aquí de pequeño como he hecho hoy contigo. Entonces nos quedábamos los dos en silencio y contemplábamos esta maravilla. Quiero que ahora hagamos tú y yo lo mismo. Míralo, ya empieza a salir el sol.

Así era. Lentamente una gran bola amarilla empezó a elevarse desde detrás del horizonte entre la tenue claridad que había comenzado a embargarlo todo. Los rayos surgieron con fuerza inundando el paisaje de luz. Sus reflejos comenzaron a recorrer el mar hasta que el sol se alzó majestuoso en su fiel ascenso diario. Bobby observaba maravillado y fascinado aquel despertar de vida que se revelaba ante los ojos. Nada escapaba a su mirada, la cual no perdía detalle de lo que allí ocurría. Decenas de gaviotas surcaban el aire y lo llenaban todo con sus graznidos, mientras se lanzaban al mar a por los peces que formaban parte de su banquete matutino. La brisa se tornó más cálida y un nuevo sopro acarició sus caras. Los rayos iluminaban la multitud de nidos que se escondían entre los ramilletes de flores y arbustos repartidos por los acantilados. En pocos minutos todo el aire era surcado por aquellas aves en frenéticos e imposibles vuelos, sin chocarse la una con las demás, cosa que maravillaba a Bobby. Detrás de ellos, los caballos relincharon, como haciendo notar que ellos también eran participantes de aquella explosión de vida.

-Es precioso, ¿verdad? -comentaba extasiado, Bobby.

-Sí, sí que lo es. Eso mismo le decía a tu abuelo cuando venía con él. Pero lo más maravilloso de todo es que esta escena se ha repetido millones de años y siempre con una belleza que nos deja sin habla. Pero es hora de que nos marchemos. En la granja ya deben de estar todos despiertos y no querrás que nos perdamos el desayuno. Además este paseo me ha abierto el apetito.

-A mí también. Espero que mamá haga esos pasteles que comimos ayer. Estaban riquísimos.

La pareja de jinetes inició el camino de vuelta a casa tras haber contemplado aquel precioso amanecer. Un nuevo día se había iniciado en el pequeño planeta Tierra. Lejos, muy lejos de allí, millones de soles iniciaban también su peregrinaje por los cielos de otros tantos planetas.

Corre el año 2854, por lo que estamos afrontando el final del tercer milenio después de Jesucristo. Estos días Michael se encuentra en la granja de su familia donde ahora vivía su madre. Helen Smith, que así se llamaba, había fijado su residencia en este lugar tras la desaparición de su marido Tom.

Helen era bióloga, estando especializada en todo lo relacionado con aplicaciones agrícolas y había trabajado en técnicas de cultivo a bordo de estaciones espaciales de investigación. Ahora se dedicaba a su pequeño jardín botánico y la evadía encerrarse en el laboratorio durante horas, enfrascada en sus personales experimentos, probetas y microscopios.

A su vez, se encontraba también en la casa Teresa, la hermana de Michael. Estaba casada con un importante físico nuclear. El matrimonio y su hijo Bobby se habían sumado a la reunión familiar y poderse así tomar unos días de descanso todos juntos.

Michael tenía veintinueve años. Acabada su formación como ingeniero aeroespacial optó por especializarse como piloto, haciendo alarde de sobresalientes cualidades. Tras cuatro años en la Academia Aeroespacial de Portlock se había labrado una reconocida fama y fue recomendado su ingreso en la sección de pilotos de navegación espaciales. Había heredado los ojos verdes y el pelo castaño de su madre. Su cuerpo se había fornido bastante gracias al periódico ejercicio de la academia y, a pesar de ser un joven apuesto, aún no se determinaba por el matrimonio. Su carrera lo tenía absorbido completamente y su principal deseo era viajar al espacio, como antaño lo fue el de sus padres. Ahora aprovechaba para visitar a su madre y a su hermana, que también hacía mucho tiempo no veía.

-Veo que hoy habéis madrugado -dijo Helen al verlos entrar en la cocina.

-Sí, abuela -casi gritaba entusiasmado Bobby-. Ha sido fantástico que tío Michael me llevara al acantilado a ver el amanecer.

-Muy bien; Ahora lávate las manos y ven a desayunar. Tu madre nos ha preparado esos pasteles rellenos de crema que tanto te gustan.

Allí desayunaron todos, salvo Harry, el marido de Teresa, que tras un saludo y apurar un vaso de leche agarró una fuente con fruta y se marchó a encerrarse en una de las habitaciones de invitados con sus papeles. A pesar de la insistencia de Teresa en que se tomara unas pequeñas vacaciones, él seguía enfrascado en un proyecto que tenía entre manos para la zona de África del Sur. En ese momento entró Mark, el capataz de la granja, quien les dijo:

-Buenos días, familia. Aquí os traigo un poco de miel fresca que acabo de recoger en los panales. Me imaginé que os apetecería en el desayuno.

-Muchas gracias, Mark. Quédate a desayunar con nosotros. Tienes que probar los pasteles que nos ha hecho Teresa -le invitó Helen.

-No me los perdería por nada del mundo -agradecía él mientras espantaba con la mano una pertinaz abeja que lo había seguido desde las colmenas.

Mark había enseñado a Bobby a montar en el poney y el muchacho estaba disfrutando de unos días maravillosos en el campo antes de que tuvieran que volver a su casa en la ciudad. Además, muy pronto a Bobby se le acabarían las vacaciones en el colegio.

Aquel día Helen se llevó a su nieto al invernadero, lleno de plantas y flores de todos los tamaños. Ella le explicaba los fundamentos de la botánica en medio de aquella fantástica jardinería que ella cuidaba y perfeccionaba.

-Ves, Bobby, las plantas son un sabio instrumento de la naturaleza. Respiran como nosotros, la diferencia está en que ellas toman el dióxido de carbono que existe en el aire y lo transforman, expulsando oxígeno, el cual es vital para que nosotros vivamos respirando por nuestros pulmones.

-Entonces este jardín es como un pulmón, ¿no, abuela?

-Eso es Bobby. Pero a muy pequeña escala. Mayor lo son las grandes selvas y bosques que tanto nos esforzamos por mantener. Eso sí que es otro factor importante, junto con el agua, que hace posible la vida en la Tierra.

Siguieron paseando por el invernadero, mientras Bobby lo observaba con todo detenimiento, cuando éste le preguntó:

-Oye abuela, ¿qué fue la Sentencia?

-¿Dónde has oído hablar de ello?

-La profesora nos explicó en clase que vivimos en el 2854; en la nueva era. Que «La Nueva Era» comenzó tras la Sentencia. Algo que el hombre nunca olvidaría y que ya nos lo explicaría.

-Así es. Vayamos fuera y te lo explico yo.

Ambos salieron y se sentaron en una explanada frente a unos grandes cactus fruteros que habían sido obtenidos tras un cultivo experimental en el espacio. Junto a ellos había un pequeño estanque artificial que mantenía una muestra de vida submarina. Fue cuando se hubieron acomodado y el sistema de riego terminaba de accionarse automáticamente que la abuela Helen comenzó el relato, tratando de explicar a su nieto esta parte de la historia de la humanidad:

-Todo comenzó alrededor del año 2098. La Tierra en aquella época era distinta a como la conocemos hoy en día. Se encontraba dividida en estados y países, aunque sus mapas y fronteras en algunas partes del globo cambiaban con motivo de guerras y conflictos. La sombra de una gran guerra atómica se cernió durante años, pero nunca llegó a materializarse esa extrema amenaza. Aún así, existían multitud de confrontaciones permanentemente. Por otra parte, estaba el problema de la contaminación. A pesar de algunos intentos, lo cierto es que la polución, los desechos y el deterioro del planeta eran patentes, incluso con el gran desarrollo que existía tanto en aspectos médicos como científicos y en otras muchas ramas más en el comienzo del tercer milenio. Pero la población crecía, se superpoblaba el planeta en las zonas más deprimidas y eso a pesar de políticas familiares y las vacunas esterilizantes, mientras que la sociedad próspera envejecía. A esto había que sumársele las enormes desigualdades existentes. La gente moría de hambre, miseria, guerras. Las ciudades principales crecían y la mayoría se salían del propio control de las autoridades, convirtiéndose en algunos casos en centros totalmente anárquicos. Pero se convivía con todos esos problemas. El hombre se había convertido en materialista e impersonal, a la vez que se perdían valores ancestrales. Por otro lado, los recursos del planeta comenzaban a escasear, entre ellos el petróleo, que fundamentaba todo el sistema. Los yacimientos de Medio Oriente se agotaban. Las revoluciones estallaban en todas partes

pareciendo que se estaba alcanzando cierto límite en donde el hombre era enemigo del propio hombre. Era como si hubiera caído presa de sus ambiciones y de su orgullo. El sistema se tambaleaba tratando de sobrevivir en un nuevo orden creado. A su vez, paradójicamente, se soñaba con la anhelada expansión hacia el espacio e inclusive algo se exploró, mientras que en su propia casa los problemas se les escapaban de las manos. Pronto aparecieron dos bandos que se observaban en todas partes; por una parte, los desposeídos sin casa, los pobres, los marginados. En el otro lado, los ricos y beneficiados de un desarrollo que tan sólo pertenecía a unos pocos. La humanidad se enfilaba hacia una inevitable confrontación global.

-Y, ¿qué fue lo que pasó? -le interrumpió Bobby-. Los pobres se sublevaron para que todos fueran iguales, ¿verdad?

-No era tan sencillo como tú te piensas. Este tipo de desigualdades se había dado a lo largo de toda la historia, bien de una manera o de otra. Lo que aquí ocurría era un cúmulo de circunstancias que ya te he explicado antes. Los acontecimientos se desarrollaron de otra manera.

Helen inició la segunda parte de su relato ante la expectación de Bobby:

-Ha habido toda clase de epidemias, enfermedades y plagas a lo largo de la existencia del ser humano. Cientos de enfermedades a las que con el tiempo se encontraba una cura o que simplemente el hombre padecía con resignación. Fue en el 2098 cuando se dieron las primeras muertes. Aquello no fue una peste, ni un tipo de cáncer o de inmunodeficiencia que ya era preocupante en esa época. Era la muerte sin más, un azote, una plaga que nunca ha sido esclarecida. Empezó, como ya te digo, con unos pocos casos mortales. Gente que moría tras un período en que poco a poco el cuerpo se paralizaba, no se podía comer, un dolor medular se adueñaba del cuerpo y tras una agonía interna el enfermo moría entre dolores, hemorragias internas y una mirada que suplicaba ayuda. Una mirada que sobrecogía y reflejaba el calibre de aquella muerte cruel. Primero unos pocos de entre las zonas más subdesarrolladas, después la enfermedad conoció casos en todo el mundo. Empezaba a ser noticia diaria esa enfermedad desconocida provocada por un virus negro, impenetrable, letal, que una vez contraído era la muerte segura. Ya ves que no se sabía nada de él. Lo que sí se sabía era que no estaba motivado por algún tipo de radiación, escape o por mutación de algún experimento que fallara. Sin embargo, así fue como se inició su desarrollo. Los casos, que se contaban por víctimas aisladas, aunque ya numerosas, pasaron a decenas y centenares de muertos. Los cuerpos eran incinerados como se hacía con los cadáveres normalmente, pero pronto hubo que construir incineradores especiales a escala industrial ante el aumento de las bajas que ya se contaban por millares. Las consecuencias fueron encadenándose en lo que parecía la epidemia del siglo y ante la cual el hombre estaba indefenso e impotente. Un tercio de la población mundial se vio afectada en una primera oleada. Un importante número de mano de obra desapareció a pesar de la profusa mecanización existente. Caía el número de personas que hacían posible el sistema tanto económico como social.

-¿Cómo acabó todo eso, Helen?

-Con el gran golpe final. En todas partes, en todas las casas, en todas las familias. El dolor y la tragedia lo inundaban todo. No había quien no perdiera a un padre o a un hijo, quien no perdiera una hermana u otro familiar. Esposos, amigos, enemigos. Gobernantes, militares, trabajadores, ancianos, niños, adultos. Todo lo arrasaba aquella plaga que se extendía entre llantos. Solo se vivía con el temor de que un día le tocara a uno los primeros síntomas. Síntomas que le hacían a uno saber que estaba... sentenciado; sin otra cosa que esperar la llegada del irremediable desenlace. Es pues,

Capítulo 1 de la novela Sol de otro mundo, Escena Final I para el Rincón del Autor 6
de www.sedice.com.

Reservados todos los derechos.

(R) Jaime Santamaría de la Torre, 2000, 2005

que sólo se veían las columnas de humo de los incineradores inundando el horizonte. Las ciudades y pueblos se quedaban sin sus habitantes, desiertos, desconsolados. Los supervivientes no daban a vasto para retirar los muertos y los cuerpos se pudrían sin remisión repartidos por el planeta devorados por los animales, a quienes parecía no afectar la epidemia. Ya no había orden ni sistema, ya que no quedaba quien lo mantuviera.

Helen, tras una nueva pausa, prosiguió:

-He aquí el balance; después de un siglo de pesadilla y muerte parecía acabado aquel holocausto. Se estima que unos cincuenta millones de personas sobrevivieron a la sentencia dictada. ¿Una selección de los más fuertes? Nadie conocerá jamás el divino criterio realizado para semejante selección. Quedaron repartidos por todo el mundo, como espectros aletargados dado el panorama circundante. Nada funcionaba ya; el hombre como guiado de un instinto volvió a sus orígenes apartándose de todo lo que había creado durante siglos.

-Sin embargo nosotros estamos aquí y no vivimos en un estado primitivo. ¿Qué le pasó a la humanidad?

-Tranquilo, ahora te cuento el desenlace.

Así pues inició la última parte de su relato:

-El planeta entero dejó transcurrir los años en los que pareció como si la Tierra estuviera muerta y tan sólo habitada por las almas errantes de los hombres que meditaban sobre su pasado, asimilaban su presente y encaraban el futuro. Fueron cuatro los siglos de letargo, de barbecho, pero de renacer. La Tierra aprovechó para regenerarse en gran medida por el daño sufrido años atrás, y fue esa humanidad, los elegidos, la que aprovechó tal periodo, recapacitó y aprendió la advertencia divina. Por otra parte, decirte que el saber fue mantenido y transmitido durante aquellas generaciones. El hombre había escalado otro peldaño de su evolución y una nueva etapa de la historia se estaba labrando. Así se había dictado. La raza humana poco a poco creció con estas nuevas generaciones. Empezaron a unirse y a crear comunidades mayores. Se enterró todo lo que en el pasado pudo crear destrucción y desigualdad aprovechando todo lo positivo. Sin haber creado un mundo perfecto, hemos hecho todo lo posible por mejorarlo. Finalmente, fue así como paso a paso el hombre volvió a despertar. Escarmentado, reemprendió un nuevo sistema y se inició la Nueva Era. Hasta nuestros días.

-¡Madre mía!, ¿Nunca se supo de dónde vino esa enfermedad?

-No, nunca. Era un punto negro en los microscopios. Un punto que se convertía en una mancha y luego se expandía y expandía... Te repito que no ha hecho al hombre perfecto. Tenemos los problemas propios de vivir en sociedad y del ser humano por naturaleza, pero ahora avanzamos encarrilados de otra manera y la Tierra ya no será la misma. Bobby, apréndelo tú también. Hemos de respetar al hombre como prójimo nuestro y a la Tierra como cuna de nuestro origen y lugar que sustenta nuestra vida. Nunca lo olvides, este nuevo orden es vital para nuestra existencia.

Esta vez toda la familia se reunió para el almuerzo. Harry comentó el proyecto en el que se encontraba. Un reactor controlado que produciría luz y calor usando átomos de deuterio y tritio, abundantes en la Tierra. África del Sur sería el lugar de su construcción, comentando Teresa que quizás muy pronto conocerían las costumbres de los Zulúes.

Por su parte, a Michael le hicieron muchas preguntas sobre cuál sería su nuevo destino y si pronto sería enviado a alguna de las grandes estaciones espaciales cercanas

a la Tierra. Michael no podía disimular su deseo de que así fuese. Ya había saboreado lo que era viajar al espacio en su curso de preparación, pero siempre en viajes cercanos a la órbita de la Tierra.

Fue en mitad de la comida cuando apareció en una de las pantallas del comedor el mensaje de Mark anunciando que había llegado un miembro de la CEP, el cual traía un mensaje para Michael.

-¿Alguien de la Confederación Internacional para el Espacio con un mensaje cuando podían haberlo enviado por cable? Debe de tratarse de algo importante -comentó pensativo Michael mientras se levantaba para teclear el acuse de su llamada-. Acomódalo bien Mark; yo enseguida iré para allá.

Tras la comida, Michael se dirigió al salón. Éste estaba confortablemente decorado, alternándose el mobiliario de mimbre rematado con madera crema y abundante vegetación. Frente a los grandes ventanales que daban al resto de la granja se encontraba un sargento de la CEP, el cual se dirigió hacia Michael con una sonrisa al verlo entrar.

-Buenas tardes, teniente Smith. Soy el sargento Williams. Lamento si le he molestado. Se me ha encomendado ponerme en contacto con usted. Son órdenes de la Comandancia principal de la CEP en Europa.

El mundo en esta época estaba dividido en Comunidades Internacionales que básicamente comprendían cada uno de los tradicionales continentes, aunque luego se subdividían en distintos Departamentos Regionales que facilitasen el gobierno. Las cinco grandes comunidades formaban parte de la CEP. La CEP había cobrado una gran importancia ante el profuso desarrollo espacial del último siglo. Su sede principal se encontraba en Londres.

-Por favor, siéntese sargento Williams. ¿Desea algo de beber?

-No, gracias. Ya me ofrecieron un zumo cuando llegué -respondió educadamente el sargento. Ambos se sentaron.

-Entonces si es tan amable de explicarme el motivo de su visita.

-Me envía el alto mando de la CEP en Londres. Yo he de trasladarme allí también y me han ordenado que pasara a comunicarle que su presencia allí es requerida ante el Consejo Superior. Yo le acompañaré en el viaje. Le daré más información camino de Londres. Por el momento no puedo decirle más. Eso sí, debemos ir lo antes posible. Tengo dispuesto un avión que partirá esta noche de la base aérea de Línbick.

-Vaya, veo que ya está todo previsto y que tendré que dejar mis vacaciones. Bueno, permitirá que me prepare y me despida antes de marchar.

-Hágalo. Su viaje puede ser muy largo.